

Hasta que la muerte los separe

DON TOMÁS Y DOÑA VEVA

Por ANDRÉS RODRÍGUEZ



Mañana del martes 2 de octubre de 1906. Un anciano de aspecto venerable abandona la sede de la presidencia de la República de Cuba, situada en el antiguo Palacio de los Capitanes Generales de la época de la colonia. Como ha renunciado a la primera magistratura del país, es un hombre en desgracia a quien acompañan muy pocas personas.

Sin embargo, su esposa e hijos permanecen a su lado. La familia no le ha fallado; ni antes -cuando el 20 de mayo de 1902 se convirtió, en medio de un júbilo indescriptible, en el primer presidente cubano- ni ahora, que ha optado por marcharse de tan alto cargo ante el empuje de una rebelión de compatriotas, inconformes por el resultado de unas elecciones fraudulentas.

Don Tomás Estrada Palma y doña Genoveva Guardiola (Veva) se conocieron en Honduras cuando el primero vivía emigrado en esa nación centroamericana por sus luchas contra el colonialismo español. Ella era hija del general Santos Guardiola, un ex presidente que fue asesinado después de dejar el poder.

“Sus biógrafos no han hallado, antes ni después, en la vida de Estrada Palma más mujer que esta hondureña, alta, maciza, de piel morena, de rostro bondadoso, de admirable cuerpo y maneras elegantes, que lo conquistó cuando todo hacía suponer que continuaría soltero...” Así lo señala Carlos Márquez Sterling en su libro *Don Tomás. Biografía de una época*.

El matrimonio y sus hijos cruzan, ese martes 2 de octubre de 1906, la bahía habanera en un remolcador que los conduce a Regla donde abordan un tren con destino a la ciudad de Matanzas. Otra vez la soledad casi absoluta y otra vez la solicitud incondicional de la familia. “Veva lo atendía cariñosamente; sus hijos lo rodeaban con encanto en la mirada. Le quedaba este inmenso deber, este calor grato del hogar que es, al fin y al cabo, el único refugio seguro de los hombres públicos”, describe Márquez Sterling en su ya citado libro.

Llega la Navidad de 1906. La celebran con evidente tristeza, pero unidos. Ya el hijo mayor es un joven de 24 años que muestra aire emprendedor y piensa dedicarse a la explotación de la finca que posee su ilustre padre en la provincia de Oriente.

A mediados de 1907 la familia se marcha de Matanzas para trasladarse a La Punta, la finca oriental perteneciente a Don Tomás. Hay que levantarla para hacer de ella un centro de cría ganadera. Pero el dinero es escaso y el ex presidente, que dejó millones de pesos en las arcas de la República, decide vender (para que todos vivan con un mínimo de decoro material) su vivienda en Central Valley, un pueblecito apacible a 50 millas de Nueva York, en los Estados Unidos, en el cual estableció un colegio que mereció el cálido elogio de José Martí, porque “allí no cambian el corazón por el inglés”.

Y en la finca oriental determinaron permanecer. En un ambiente en el cual -así lo acota Márquez Sterling- “Veva y las muchachitas trabajan de firme. Cocinan, friegan, lavan, barren, trapean el suelo, hacen las camas, se encargan de todos aquellos menesteres. Sus hijos Carlos y Rafael recorren la finca, ayudan. ¡Quién lo diría, después que el padre, que quiso educarlos en los Estados Unidos y no puede, fue presidente de la República!”

A finales de 1908 la salud de Don Tomás se resquebraja y una pulmonía lo recluye en su habitación. Le queda aliento para pedir que lo entierren en Santiago de Cuba, junto a su amigo Martí. Poco después, el 4 de noviembre de ese año, fallece. “A su lado, Veva lloraba silenciosamente y apiñados junto al lecho sollozaban sus hijos”.